

ámbitos (económico, social, cultural, político). Fue un proceso difícil y complejo, que mostró altas dosis de improvisación y de incoherencia en su desarrollo, atravesando varias etapas: 1) se plantearon soluciones distintas para los casos catalán y vasco; 2) el “café para todos”; 3) intento de UCD de desigualar el modelo; 4) UCD y PSOE llegan a un pacto en 1981 sobre el proceso autonómico. Gran claridad expositiva la de este autor.

El siguiente estudio está realizado por las profesoras C. González Martínez y E. Nicolás Marín. Realizan un análisis comparado de las denominadas transiciones a la democracia en ámbitos territoriales muy diferentes, cada uno con sus propias experiencias nacionales: España, Europa del Este y el Cono Sur Latinoamericano. Para el proceso español reclaman nuevas interpretaciones que desbanquen a las clásicas. Para los otros dos espacios realizan un amplio análisis por países: Polonia, RDA, Rusia para el antiguo territorio soviético y Argentina, Chile, Uruguay para el Cono Sur. Recalcan que en los estudios sobre las transiciones mediterráneas prevaleció el aspecto político, mientras que en los trabajos sobre los procesos transicionales de Europa del Este y el Cono Sur de América Latina el factor económico tiene una mayor importancia. Asimismo, y siguiendo con el eje vertebrador de esta obra, reflexionan sobre la historia y su compleja relación con la memoria colectiva.

El profesor A. Sabio Alcutén analiza la intervención de los países de Europa Occidental y EEUU en el proceso transicional español. La presión internacional y su influencia en el cambio de régimen en España han cobrado importancia en las interpretaciones sobre la transición española desde la caída del telón de acero en 1989. Así, el autor analiza los intereses militares y geoestratégicos de EEUU en España, y sus pretensiones de un cambio político moderado en nuestro país; el doble juego de Francia apoyando a la monarquía pero al mismo tiempo impidiendo el acceso de España a la CEE; el apoyo financiero y organizativo de la socialdemocracia alemana al PSOE; la frialdad con la que el gobierno británico trató el asunto español en contraste con la implicación más activa de la prensa y los sindicatos. Asimismo, también resalta la importancia máxima que tiene en todo el proceso de cambio de régimen en España conceptos como el de europeización. En consonancia con el carácter coral y heterogéneo de la obra, el último capítulo está escrito por el

primer alcalde democrático de Albacete, Salvador Jiménez Ibáñez (1979-1983), único autor que no es historiador. El testimonio del antiguo alcalde es un ejemplo vivo de memoria, con sus recuerdos y sus olvidos, de un hombre que vivió los inicios de la democracia desde dentro. Un gran broche.

Nos encontramos aquí con una monografía heterogénea, resultado de una labor muy ambiciosa, que alterna exposiciones de fácil lectura con otras más densas, aunque el resultado final es excelente. El SEFT ha sabido conjuntar (en la que es su segunda monografía) de una manera muy acertada a investigadores destacados, haciendo gala de un capital relacional muy importante. En líneas generales, la obra versa sobre un asunto bastante peliagudo, los usos y abusos de la memoria, a través de lecturas interesadas sobre un periodo del que somos herederos y con lo que ello representa; y la importantísima labor social del historiador para reconstruir una memoria histórica basándose en sus investigaciones. Para ello el consenso es vital, pero no un consenso basado en el olvido como sucedió hace treinta años, sino en el legítimo recuerdo.

Illades, Carlos, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*. UAM, Era. 2008, 327 pp.

Por Alejandro Estrella González
(Universidad de Cádiz)

Cuando en el estudio de la historia de las ideas abandonamos toda tentación teleologicista, el pasado, enfrentado a la inmediatez de la contingencia, adquiere un halo de extrañeza del que carecería si lo valoráramos exclusivamente al abrigo del presente. No sólo se trata entonces de evitar el sesgo escolástico –suerte de error epistémico- que deriva de confundir el plano del observador con el de lo observado, imputando al segundo las cualidades de una mirada que tiene su origen en el primero. Como tampoco de reivindicar una actitud ética a la hora de ejercer el poder de objetivar, actitud que bien podría equipararse con una disposición de escucha hacia quien hacemos objeto de nuestra mirada inquisitiva. Se trata también de una problematización de las convenciones heredadas, una vez que éstas se enfrentan a la alteridad de una lógica ajena que emerge con toda radicalidad cuando reconocemos la autonomía de las ideas pasadas, el hecho de que éstas no fueron creadas, al menos exclusivamente, para nosotros.

En *Las otras Ideas. El Primer Socialismo en México 1850-1935*, el doctor Carlos Illades nos ofrece un exhaustivo relato de cómo se originaron las primeras ideas socialistas en suelo azteca, esbozando un cuadro que desafía los automatismos desde los que el lector actual construye su imagen (irreflexiva) del “socialismo”. Lejos de interpretar el cuerpo ideológico de este primera experiencia a luz de su desarrollo posterior, desde un socialismo “maduro” del que aquella no sería sino un prematuro esbozo, el doctor Illades aborda estas primeras ideas desde la lógica específica en la cual se forjaron y desde la que cobraron un sentido particular, más allá de usos y lecturas posteriores. Las “otras ideas”, cabe discurrir entonces, no tanto porque éstas se desarrollaran fuera del circuito académico oficial –copado por las diferentes tendencias liberales- sino porque interpretadas en sus propios términos, el objeto resultante desafía las convenciones de nuestra percepción impensada del socialismo, elaborada fundamentalmente a partir del legado posterior del anarquismo y el marxismo. Una lógica específica que no es sino el resultado de la intersección entre un determinado contexto social e intelectual y una herencia ideológica que, posibilitando espacios de visión e impidiendo otros, conformaban los materiales desde los que se forjaron respuestas adecuadas a las urgencias que aquel contexto imponía. Una lógica específica que, finalmente, dota a estas ideas de sentido, las diferencia y las articula, si no como un corpus sistemático, sí al menos –así lo entiende el autor- bajo la noción wittgensteiniana de “parecidos de familia”. No traicionamos el espíritu de la obra si consideramos que el análisis de estos “parecidos de familia”, de unas diferencias que no obstante permiten, merced a su referencia a esa lógica específica, agruparlas frente a otros “parecidos de familia” (v.g. el socialismo “moderno”), es lo que orienta la exposición del relato que el doctor Illades nos ofrece.

Tanto en la introducción como en la conclusión de la obra, el autor trata de forma explícita aquellos elementos que dotan de esta relativa homogeneidad y autonomía a las ideas del primer socialismo mexicano. Al igual que en otras realidades nacionales, este primer socialismo surge en un contexto de transición: la disolución de las relaciones sociales y de las obligaciones políticas del Antiguo Régimen se solapa con la construcción de un nuevo orden en el que vemos surgir nuevas realidades sociales,

jurídicas y simbólicas. Esta transición, si bien pudo constituir en determinados ámbitos un verdadero progreso en la senda de mayores cotas de libertad y autonomía para el individuo, mermó viejos lazos comunitarios y corporativos sin ofrecer a cambio un sustituto satisfactorio. Como afirma el autor al comienzo del capítulo 8, el liberalismo que finalmente se impuso en México acabaría por no reconocer ninguna mediación colectiva entre el estado y el individuo lo que, para aquellos que quedaron apeados de las mieles del nuevo orden se tradujo en una indefensión material, cultural y afectiva de primera magnitud. Este marco define las condiciones de posibilidad para el arraigue y desarrollo de un discurso social y político con elementos diferenciados, tanto del discurso que bebe de fuentes tradicionales como del discurso liberal, a la par que –y a mi juicio, esto es lo que lo caracteriza frente a futuros socialismos- toma elementos de ambos.

Como bien nos recuerda el autor, si sobre alguna idea clave se articuló el discurso de este primer socialismo, no cabe duda que esta sería la noción de “trabajo”. El trabajo como fuente de valor debe considerarse no obstante como un “descubrimiento” ilustrado y burgués, en el marco del conflicto ideológico entre la burguesía y la aristocracia. En esta misma línea, la idea de una perfectibilidad humana y del progreso social a través del conocimiento de las leyes que regulan la convivencia de los individuos, constituye otra idea referente del discurso socialista que tiene su origen en una ilustración de la que también se alimentarán los prelados del liberalismo. Sin embargo, este primer socialismo no dejará de introducir elementos provenientes de otros lenguajes que, en oposición al papel revolucionario que desempeña el discurso liberal, pueden calificarse como tradicionales. Por ejemplo, cabe entender la defensa del asociacionismo obrero en sus múltiples variantes como una respuesta al individualismo liberal, que se alimenta de diferentes tradiciones corporativistas con origen en el Antiguo Régimen. En la misma medida, también podríamos situar el sustrato moral que subyace al discurso político y social de este primer socialismo en formas discursivas y prácticas de corte tradicional –como, por ejemplo, bien nos mostró E.P. Thompson al estudiar “la economía moral de la multitud”-, estrategia que vendría a contrarrestar el mandato liberal –al menos del liberalismo en su versión positivista- que desplaza la moral al ámbito de lo privado, mientras deja lo público sometido al

designio de los hechos comprobables de la ciencia. Es a través de este juego de oposiciones –del cual sólo hemos destacado algunos ejemplos de los reseñados por el autor– cómo este primer socialismo llegó a conformarse en propuesta distintiva dentro del campo de posibles de los discursos políticos y sociales del México decimonónico y, aún dentro de la propia tradición socialista, como una trama diferenciada de posteriores evoluciones.

Quizás dónde mejor se aprecia este carácter peculiar del primer socialismo mexicano, a la par progresista y tradicional, se halle en los fundamentos filosóficos que los sustenta y en los debates en los que al respecto se involucró. El campo filosófico mexicano desde el triunfo de la reforma juarista –y nos remitimos aquí a la fructífera terminología de Randall Collins en su *Sociología de las Filosofías*– se encontraba estructurado por la oposición entre una “red oficial” que monopolizaba las estructuras académicas y la reproducción de los cuadros filosóficos y otras “extraoficiales”, que competían con aquella desde fuera de dichos circuitos académicos. La primera estaba conformada por dos nódulos bien diferenciados que se disputaban la hegemonía de las “bases materiales” de la red oficial (v.g. La Escuela Nacional Preparatoria, las comisiones que aprobaban los planes de estudio, etc.), así como el diagnóstico legítimo sobre la situación de México y su posible cura. El primer nódulo, estaba representado por los positivistas cuya posición filosófica se nutría de las fuentes de Comte y, posteriormente, de Spencer y Mill. Un segundo nódulo estaba copado por los metafísicos, quienes desde posiciones idealistas condenaban el materialismo y el relativismo de los positivistas. Cada grupo comprendía de manera distinta el proyecto liberal para México –según el ya clásico trabajo de Leopoldo Zea, prioridad del orden para los primeros, de la libertad para los segundos– a la par que ambos se encontraban conectados con determinadas familias políticas.

Fuera de estos circuitos identificamos a la filosofía escolástica, expulsada de la educación oficial desde el triunfo de la reforma liberal y la adopción del laicismo por el nuevo estado republicano. Por otro lado, también encontramos la conformada por esos primeros socialistas que analiza Illades. En términos estrictamente filosóficos, su posición era similar a la del nódulo liberal de los metafísicos llegando, como es el caso de Pizarro o de Rhodakanaty, a

intervenir en diversos episodios del debate “oficial” en contra de los positivistas y a favor de los metafísicos. Compartían con estos la creencia en ciertos principios universales y a priori, la necesidad de un orden moral que regulase la vida colectiva y una concepción del universo y de la evolución social en términos de armonía divina, muy en la línea de un idealismo krausista alemán alejado de todo dogma católico. Les separaba en cambio su filosofía política y social, donde sus fuentes bebían fundamentalmente del socialismo utópico francés.

Sólo con las nuevas condiciones sociales que se fraguan al calor de la crisis del porfiriismo y la oleada revolucionaria que arranca en 1910, este primer socialismo muta –según nuestro autor, sin solución de continuidad– en esas formas socialistas que, como el anarquismo o el marxismo, nos resultan más familiares. En términos filosóficos, el socialismo opera un giro decisivo hacia el materialismo. En buena medida esto puede considerarse efecto combinado de las nuevas condiciones sociales de posibilidad y de la reconfiguración de las propias redes filosóficas. La caída del régimen liberal decimonónico trajo consigo la disolución de la red oficial dominante del positivismo y el auge de una nueva generación de filósofos que, formados en la red oficial, constituirían una nueva red oficial, esta vez en el contexto del estado revolucionario, adoptando para ello nuevas posiciones metafísicas (v.g. Henri Bergson) y repudiando el materialismo positivista de sus maestros. Sin embargo, algunos de estos jóvenes pensadores se posicionan ocupando el hueco que dejaron los viejos positivistas, lo que se tradujo en la necesidad de reinventar el materialismo antimetafísico a partir de las nuevas condiciones. Y estas condiciones, en un contexto revolucionario tanto a nivel nacional como internacional, llevaban la impronta de un socialismo que a nivel filosófico, dada la estructura del campo, se tradujo en un compromiso con el materialismo histórico. Esto significaba interpretar la historia ya no en términos de valores morales sino de hechos científicos, suponía dejar atrás la idea de una armonía y un orden universal y sustituirla por la noción de lucha de clases, suponía considerar el trabajo en términos de explotación y politizar la estrategia socialista.

Nuestro autor analiza profusamente la nueva coyuntura en la que tiene lugar este giro en la

tradicción socialista, los debates y desencuentros que esta genera –bien reflejados en los Congresos Obreros de la década de los 70-, así como los disputas en el seno de la red oficial posrevolucionaria, entre el polo metafísico (Antonio Caso) y el materialista (Lombardo Toledano), en los capítulos 8 y 9. El resto de los capítulos, como hemos señalado a excepción de la introducción y las conclusiones, entran de lleno en el estudio de ese primer socialismo, estableciendo el autor -a través de una serie de ítems (contextos, contenidos de las ideas, sociología de los productores, experiencias y expectativas de éstos, posiciones, prácticas y estrategias políticas, etc.)- una comparativa que permite diferenciar, entre diferentes contribuciones a esta singular “familia socialista”. Asistimos así a la particular síntesis de Juan Nepomuceno Adorno entre fourierismo, deísmo y una inquebrantable fe en el poder de la ciencia; a las ambiciones reformistas de un Nicolás Pizarro, espiritualista capaz de combinar en el mismo discurso un nacionalismo liberal y una concepción asociativa de la sociedad; a la feroz crítica del modelo liberal de Victor Considerant, discípulo aventajado de Fourier, quien denunciaría ante la opinión pública europea y norteamericana la práctica del peonaje como verdadero pseudovasallaje aún vigente en el campo mexicano; a la profunda formación filosófica y científica de Plotino C. Rhodakanaty, imbuido de una antropología que bebe de Spinoza y Rousseau, lo que le lleva a defender la refundación del pacto social desde un ángulo socialista y donde la sabia convivencia entre religión y ciencia armonizaría el progreso humano; a los infructuosos intentos de Albert K. Owen por crear, no ya una comuna agraria, sino una ciudad ideal en Sinaloa; al socialismo de intelectuales obreros como Juan de Mata o Francisco de Paula, quienes alejados de sistematizaciones teóricas dan muestra de un sentido práctico que, visto desde la pura teoría, no deja de mostrar verdaderas incongruencias; o finalmente, al socialismo que se desarrolla en el marco de las primeras organizaciones obreras con cariz político como La Social (o partido sociocrático), donde tendrían cabida los grandes gurús del socialismo utópico: Saint-Simon, Proudhon, Fourier u Owen.

Se pone así de manifiesto la complejidad de un pensamiento en el cual se dan cita intelectuales y obreros, religión y ciencia, ilustración y romanticismo, ingenieros y literatos, mexicanos y extranjeros, tradición y progreso. Unas ideas que, en definitiva, se nos presentan como

“otras”, como formas específicas dentro de la tradición socialista, no como mesías de una nueva aún por llegar. Desde estas “otras ideas”, es entonces nuestra noción del socialismo modelada por el anarquismo y el marxismo lo que se revela como un acontecimiento extraño; virtud esta que, como nos recuerda Foucault, caracterizaría al buen quehacer historiográfico: hacer extraño lo cotidiano y cotidiano, aquello que nos resulta extraño.

Ortega López, Teresa María (ed.), *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, 440 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

En los últimos tiempos se ha desarrollado un intenso debate historiográfico imbricado en gran medida en diversos factores que convergen en torno a la década de los setenta y ochenta del pasado siglo. El posmodernismo, teorizado y desarrollado por diversos autores principalmente norteamericanos como Jameson, planteará, también en el campo historiográfico, el cuestionamiento y el debate de los pilares sobre los que descansaba el quehacer historiográfico hasta ese momento. Este debate se extenderá por disciplinas como la filosofía, la sociología o la psicología, y en el campo histórico propiciará la difusión de teorías relativistas como el demoledor giro lingüístico. Por otro lado, el agotamiento de los antiguos paradigmas historiográficos propició el cuestionamiento del andamiaje teórico que sustentaba la disciplina: de una parte la tercera generación de *Annales* se fragmentaba en numerosas líneas y planteamientos y veía debilitado buena parte de su contenido teórico; de otra, la tradición marxista se veía desacreditada con el derrumbe del mundo comunista.

Planteamientos como los del giro lingüístico, que asevera que el discurso histórico es conceptualmente idéntico al literario, con la carga subjetiva que esto implica; o teorías acerca del fin de la Historia desarrolladas por teóricos como Fukuyama en referencia al triunfo de un modelo histórico basado en el capitalismo y la democracia representativa, eliminándose así el concepto tradicional de evolución histórica; estas posiciones han conllevado un intenso debate en torno a la función social de la historia. En este contexto se han desarrollando nuevos